

Juan González Arias, Cabellera, linda al sur con otra de la Lozana, con lo que ya hay bastante para saber que era el vecino más acaudalado de la Placeta. Cabellera linda al norte, también, con la calle, cosa rara como se dijo, también, de la Puerta Cervera.

Isabel Alvarez tiene al sur la calle.

Francisco Almendros linda al sur con otra de José Pérez Pedrero, al poniente con la calle y al norte con la callejuela de los Frailes. Se refiere a la calle de Viñas, Angora y todos esos, pero ¿qué casa puede dar ahí al norte?

Manuel Montalvo daba al poniente con la calle.

Francisco Comino también lindaba al sur con otra de la Lozana y al norte con la calle.

Y Pedro Librado, lindero de Comino por el saliente, lindaba al sur y poniente con otra de la Lozana y al norte con la calle.

Respecto de este paraje se consideran válidas de momento las hipótesis formuladas en los fascículos once, doce y trece.

En aquella época de 1750, había otro pozo lugarero llamado de las Vacas, sorprendente después, pero no entonces que abundaba el ganado vacuno.

Su vecino era el más calificado por su inclinación a hacer casas, don Juan Casimiro Zeledón, el cual tenía allí una vivienda baja, que lindaba por el saliente con el pozo, al sur con el camino de las Abuzaeras y al poniente y norte con su propia hacienda. Esa casa tenía 12 varas de frente y otra más reducida que poseía allí lindada con el pozo al sur y al poniente con el camino de Villafranca y al norte con la huerta del propio don Juan Casimiro, que como se recordará, tenía la huerta en el Pradillo y cercada de tapias. Se recordará también que el camino de las Abuzaeras salía de las Salitrerías, quedando el pozo entre los dos caminos y la huerta que quedaba al poniente del Pozo de las Vacas, según se dijo.

Los pozos que se conocieron después no figuraban entonces.

*

*

*

SUCEDIDOS

Esteban Tinguilangue, estuvo mucho tiempo haciendo idea para ir a ver a Antonio el del Banco, y ya una mañana, se presenta y le dice a la Isabel en el portal.

—¿Está Antonio?

—Sí, está en el Vater.

—Lo ves, todos los días queriendo venir y hoy que me arranco no está, ¿pero vendrá a la noche?

—¡Hombre, yo creo que sí!

—Pues a ver si luego puedo.

Y salió calmosamente hacia su casa diciendo: lo mismo podrá venir que no venir.

—Y me quedé riendo sin poder aclararle, concluye la Isabel.